

# El corazón de las tinieblas



# El corazón de las tinieblas

Joseph Conrad

Traducción  
de  
Miguel A. Álvarez

 **tetraherido**



Primera edición: Febrero, 2024  
Título original: *Heart of darkness*  
Publicado por primera vez por *Blackwood's Magazine* en 1899  
© de la traducción: Miguel A. Álvarez, 2023, a partir de la edición  
de Thomas Y. Crowell & Co, 1910, Nueva York  
© de la presente edición: Editorial Letraherido, 2023  
Avda. Pumarín, 7, Oviedo - 33001  
[www.editorialletraherido.com](http://www.editorialletraherido.com)  
ISBN: 978-84-126665-9-5  
Depósito legal: AS 00284-2024  
Maquetación y diseño: Ed. Letraherido.  
Imagen de la cubierta: *Heart* de E.L.  
Impreso en España por Safekat S.L.

---

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra ([www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com); 917 021 970 - 932 720 447)

Todos los derechos reservados. No se permite reproducir, almacenar en sistemas de recuperación de información ni transmitir parte alguna de esta publicación, cualquiera que sea el medio empleado —electrónico, mecánico, fotocopia, grabación, etc.— sin el permiso por escrito de los titulares de sus derechos.

# Índice

Introducción .....	9
El corazón de las tinieblas.....	21
I .....	23
II.....	73
III.....	115

# Introducción

# Joseph Conrad

Repentinamente, sin darnos tiempo para organizar nuestros pensamientos o preparar nuestras frases, nuestro invitado nos ha dejado y su retirada sin despedida ni ceremonia está en consonancia con su extraña llegada, hace muchos años, a nuestro país para establecerse en él. Porque siempre tuvo un aire misterioso. En parte por su origen polaco, en parte por su apariencia memorable, en parte porque prefería vivir en la Inglaterra profunda, lejos de las habladurías, fuera del alcance de sus anfitriones, con lo que para tener noticias suyas una dependía de los testimonios de visitantes con la costumbre de llamar a las puertas de las casas cuyos inquilinos informaban que ese extranjero tenía unos modales exquisitos, los ojos muy brillantes y hablaba inglés con un fuerte acento polaco.

Aunque la muerte tiene el hábito de despertar y concentrar nuestros recuerdos, hay en el genio de Conrad algo esencialmente, y no accidentalmente, difícil de abordar. Sin duda su reputación en Inglaterra en los últimos años fue altísima, con una excepción obvia, pero no fue popular. Fue leído con un deleite apasionado por algunos, a otros los dejó fríos e indiferentes. Entre sus lectores había gente de edades y simpatías muy dispares. Los estudiantes de catorce, abriéndose camino entre Marryat, Scott, Henty y Dickens, se lo tragaron con el resto; pero

el lector experimentado y puntilloso, que con los años ha devorado todo hasta llegar al corazón de la literatura y ahí da vueltas y vueltas a un par de migas preciosas, tiene a Conrad religiosamente en su mesita de noche. Un motivo de dificultad y discrepancia se encuentra, por supuesto, donde los hombres lo han encontrado siempre, en su belleza. Una abre sus páginas y se siente como Helena debió sentirse cuando se miró en el espejo y se dio cuenta de que, hiciera lo que hiciera, nunca en ninguna situación pasaría por una mujer cualquiera. Conrad estaba tan dotado, se había educado a sí mismo tanto y tanto era su respeto por nuestra lengua, criticada curiosamente más por sus cualidades latinas que por las sajonas, que parecía imposible que su estilográfica hiciera un movimiento feo o torpe. Su amante, su estilo, es a veces un poco somnolienta en reposo. Pero si alguien le habla, ¡entonces qué magnífica se dirige a nosotros, con qué color, triunfo y majestad! Pero es discutible que Conrad hubiera ganado crédito y popularidad si hubiera escrito lo que tenía que escribir sin esa incesante preocupación por las apariencias. Estas bloquean, impiden y distraen, dicen sus críticos, señalando esos pasajes famosos que ahora es tradición sacar de contexto y exhibir entre otras flores cortadas de la prosa inglesa. Él era consciente de sí mismo, rígido y ornado, se quejan, y el sonido de su propia voz le resultaba más querido que la voz de la humanidad angustiada. La crítica es familiar y tan difícil de refutar como los comentarios de los sordos cuando se toca el *Fígaro*. Ellos ven la orquesta, a lo lejos oyen un sonido pobre y lastimero; sus propios comentarios son interrumpidos y, naturalmente, ellos concluyen que sería mejor para la sociedad si, en lugar de

tocar a Mozart, esos cincuenta violinistas picaran piedra en la carretera. Esa belleza enseña, esa belleza es severa, ¿cómo vamos nosotros a convencerlos, si su doctrina es inseparable del sonido de su voz y ellos son sordos a ella? Pero lean a Conrad, no a trozos, sino en masa; las palabras estarán vacías para aquel que no escuche en esa música sombría y tensa, con su reserva, su orgullo y su integridad enorme e implacable, que es mejor ser bueno que malo, que la lealtad es buena y la honestidad y el coraje también, aunque Conrad aparentemente solo quería mostrarnos la belleza de una noche en el mar. Pero no está bien sacar esas insinuaciones de su elemento. Secas en nuestras manos, sin la magia y el misterio de la lengua, pierden su poder para excitar e incitar, pierden el poder drástico que es una cualidad constante en la prosa de Conrad. Porque Conrad mantuvo su atracción sobre niños y jóvenes en virtud de algo drástico que hay en él, las cualidades de un líder y un capitán. Hasta que escribió *Nostromo* sus personajes, como rápidamente percibieron los jóvenes, eran fundamentalmente simples y heroicos, por más sutil que fuera la mente de su creador e indirectos sus métodos. Eran marineros, acostumbrados a la soledad y el silencio. Estaban en conflicto con la naturaleza, pero en paz con el hombre. La naturaleza era su antagonista, ella era quien hacía salir el honor, la magnanimidad, la lealtad, las cualidades de un verdadero hombre; ella quien en las bahías protegidas despertaba la feminidad de las chicas hermosas, insondables y austeras. Sobre todo, era la naturaleza quien producía personajes tan rudos y curtidos como el capitán Whalley y el viejo Singleton, oscuro pero glorioso en su oscuridad, que para Conrad eran los tipos

preferidos de nuestra raza, hombres de los que nunca se cansaba de alabar sus virtudes:

*Ellos habían sido fuertes como son fuertes esos que no conocen la duda ni la esperanza. Ellos habían sido impacientes y resistentes, turbulentos y devotos, rebeldes y fieles. La gente bienintencionada había intentado representar a estos hombres como tipos que se quejaban constantemente por su plato de lentejas, que abordaban su trabajo con miedo a perder la vida. Pero en verdad ellos habían sido hombres que conocían el trabajo duro, la privación, la violencia, la bajeza, pero no conocían el miedo y no querían tener maldad en su corazón. Hombres difíciles de manejar, pero fáciles de inspirar; hombres callados, pero suficientemente hombres para despreciar en su corazón las voces sentimentales que lamentaban la dureza de su destino. Era un destino único, el suyo propio; la capacidad de tolerarlo les parecía ¡el privilegio de los escogidos! Su generación vivió inarticulada, pero fue indispensable, no conocieron la dulzura de los afectos ni el calor del hogar, pero murieron libres de la amenaza oscura de una tumba estrecha. Eran los hijos eternos del mar misterioso.*

Tales eran los personajes de los primeros libros — *Lord Jim*, *Tifón*, *El negro del Narciso*, *Juventud*— y estos libros, a pesar de los cambios y las modas, tienen asegurado un lugar entre nuestros clásicos. Pero alcanzan esa dignidad por medio de cualidades que la simple historia de aventuras, como la contó Marryat o Fenimore Cooper, no tiene derecho a reclamar. Porque está claro que para admirar y celebrar a tales hombres y tales obras, románticamente, de corazón y con el fervor de una amante, una debe

poseer una visión doble, una debe estar simultáneamente dentro y fuera. Para alabar su silencio una debe tener una voz. Para apreciar su resistencia una debe ser sensible a la fatiga. Una debe ser capaz de vivir en igualdad de condiciones con los Whalley y los Singleton y aun así esconder a sus ojos sospechosos las cualidades que permiten entenderlos. Solo Conrad fue capaz de vivir esa doble vida, porque Conrad estaba hecho de dos hombres; junto con el capitán mora ese analista sutil, refinado y puntilloso que él llamaba Marlow. «Un hombre muy discreto y sabio», dijo él de Marlow.

Marlow fue uno de esos observadores naturales que son más felices viviendo retirados. A Marlow nada le gustaba más que sentarse en un muelle, en algún afluyente oscuro del Támesis, fumando y recordando, fumando y especulando, lanzando al humo hermosos anillos de palabras hasta que el humo del tabaco nublaba un poco la noche de verano. Marlow, también, tenía un respeto profundo por los hombres con los que había navegado, pero él veía lo cómico en ellos. Él olisqueaba y describía con maestría a esas criaturas lívidas que eran implacables con los veteranos envejecidos. Él tenía gusto por la deformidad humana, su humor era sardónico. Marlow no vivió completamente envuelto por el humo de sus propios cigarros. Él tenía la costumbre de abrir sus ojos de repente y mirar —una montaña de basura, un puerto, el mostrador de una tienda— y entonces esa cosa, en su ardiente anillo de luz, se destacaba brillantemente contra el fondo misterioso. Introspectivo y analítico, Marlow fue consciente de su peculiaridad. Él dijo que el poder venía a él de repente. Por ejemplo, él podía oír a un oficial francés murmurar: «¡*Mon dieu*, cómo pasa el tiempo!» y comentar:

*Nada podría haber sido más típico que esa expresión, pero su expresión coincidió para mí con una visión. Es extraordinario cómo pasamos por la vida con los ojos medio cerrados, con los oídos atrofiados, con la mente adormecida... No obstante, deben ser muy pocos aquellos que nunca han experimentado uno de esos momentos de iluminación, cuando vemos, oímos y entendemos muchísimo —todo— en un destello, antes de volver a caer en nuestra cómoda somnolencia. Yo alcé la mirada cuando él habló y lo vi como si no lo hubiera visto nunca antes.*

Imagen tras imagen Conrad pinta sobre ese fondo oscuro; primero y sobre todo barcos, barcos anclados, barcos volando en la tormenta, barcos en el puerto; él pinta salidas y puestas de sol, él pinta la noche, él pinta cada aspecto del mar, él pinta el brillo llamativo de los puertos orientales, y a hombres y mujeres, sus casas y sus actitudes. Él fue un observador agudo e incansable, poseedor de esa «lealtad absoluta hacia sus sentimientos y sensaciones» que, según Conrad, «un autor debe tener en sus momentos más exaltados de creación». Y con mucha discreción y compasión Marlow a veces deja caer un par de palabras a modo de epitafio que nos recuerdan, con toda esa belleza y brillo ante nuestros ojos, la oscuridad del fondo.

Diremos rápidamente que es Marlow quien comenta, Conrad quien crea. Y, conscientes de que pisamos terreno minado, explicaremos ese cambio que, nos dice Conrad, tuvo lugar cuando terminó la última historia de *Tifón* —«un cambio sutil en la naturaleza de la inspiración»— por alguna alteración en la relación de los dos viejos amigos: «... de algún modo pareció que no había nada más en el mundo sobre lo que escribir». Fue Conrad,

supongamos, Conrad el creador, quien dijo eso, mirando atrás con satisfacción y tristeza a las historias que había contado, sintiendo como si nunca pudiera mejorar la tormenta de *El negro de el Narciso* o rendir un tributo más fiel a las cualidades de los marineros ingleses de lo que ya había hecho en *Juventud* y *Lord Jim*. Fue entonces cuando Marlow, el comentarista, le recordó cómo, según las leyes naturales, uno debe envejecer, sentarse a fumar en el muelle y renunciar a navegar. Pero él le recordó que esos años extenuantes habían dejado recuerdos e incluso llegó a insinuar que, aunque se podía haber dicho la última palabra sobre el capitán Whalley y su relación con el universo, en tierra firme todavía había un número de hombres y mujeres cuyas relaciones, aunque de un tipo más personal, eran dignas de estudio. Y si además se nos ocurriera pensar que había un volumen de Henry James a bordo y que Marlow dio a su amigo el libro para que se lo llevara a la cama, podríamos sustentar esa hipótesis en el hecho de que en 1905 Conrad escribió un ensayo muy bueno sobre ese maestro.

Durante algunos años, entonces, Marlow fue el socio dominante. *Nostramo*, *Casualidad*, *La flecha de oro*, representan ese período de alianza que algunos continúan considerando el más rico de todos. El corazón humano es más intrincado que el bosque, dirán ellos, tiene sus tormentas, tiene sus criaturas de la noche y si como novelista usted quiere testar al hombre en todas sus relaciones, el antagonista correcto es el hombre; su ordalía está en la sociedad, no en la soledad. Para ellos siempre habrá una fascinación peculiar en los libros donde la luz de esos ojos brillantes descansa no solo sobre los mares sino sobre el corazón en su perplejidad. Pero se debe admitir que, si Marlow aconsejó

a Conrad que cambiara su ángulo de visión, el consejo fue osado. Porque la visión de un novelista es a la vez compleja y especializada; compleja porque detrás de sus personajes y aparte de ellos debe haber algo estable con lo que él los relacione; especializada porque desde que es una persona individual con una sensibilidad, los aspectos de la vida sobre los que puede creer con convicción están estrictamente limitados. Un equilibrio tan delicado se altera fácilmente. Después de su etapa intermedia Conrad ya no fue capaz de que sus personajes tuvieran una relación perfecta con el fondo. Él nunca creyó en sus personajes más sofisticados como había creído en sus marineros. Cuando él tenía que indicar su relación con ese otro mundo oculto de novelistas, el mundo de los valores y las convicciones, él estaba mucho menos seguro de cuáles eran esos valores. Antes, una y otra vez, una frase, «él maniobraba con cuidado», al final de una tormenta, encerraba en ella toda la moralidad. Pero en ese mundo más populoso y complicado esas frases tersas se volvieron cada vez menos apropiadas. Hombres y mujeres complejos con muchos intereses y relaciones no se someten a un juicio sumario o, si lo hacen, mucho de lo que es importante para ellos escapa al veredicto. Y aun así era muy necesario para el genio de Conrad, con su poder exuberante y romántico, tener alguna ley con la que poder juzgar sus creaciones. Esencialmente —tal siguió siendo su credo—, ese mundo de gente civilizada y consciente de sí está basado en «unas pocas ideas muy simples», pero ¿dónde vamos a encontrarlas en el mundo del pensamiento y de las relaciones personales? No hay mástiles en los salones, los tífonos no prueban el valor de los políticos y los hombres de negocios. Buscando y no encontrando esos apoyos, el mundo

del período final de Conrad tiene una oscuridad involuntaria, una inconclusión, casi un desencanto que desconcierta y fatiga. Nosotros solo encontramos en la oscuridad la vieja nobleza y sonoridad: fidelidad, compasión, honor, servicio; siempre hermosas, pero ahora un poco repetidas cansinamente, como si los tiempos hubieran cambiado. Quizá fue Marlow quien estaba equivocado. Su forma de pensar era un poco sedentaria. Él se había sentado en el muelle demasiado; espléndido en los soliloquios, no era tan bueno en el toma y daca de la conversación y esas «visiones», destellando y apagándose, no servían tan bien como una lámpara fija para iluminar los ángulos de la vida y sus años largos y graduales. Sobre todo, quizá, él no consideraba que, para que Conrad creara, era esencial que primero él creyera.

Por lo tanto, aunque nosotros haremos expediciones por los últimos libros y volveremos con trofeos magníficos, muchas partes de ellos permanecerán para muchos de nosotros sin recorrer. Son los primeros libros —*Juventud*, *Lord Jim*, *Tifón*, *El negro del Narciso*— los que leeremos de principio a fin. Porque cuando se hace la pregunta de qué Conrad sobrevivirá y dónde debemos colocarlo en la jerarquía de los novelistas, estos libros, con su aire de decirnos algo muy antiguo y absolutamente cierto, vienen a la memoria y hacen que esas preguntas y comparaciones parezcan un poco fútiles. Completos y quietos, muy castos y muy hermosos, se alzan en la memoria cuando, en las noches cálidas de verano, primero una estrella y luego otra aparecen a su manera lenta y majestuosa en el firmamento.

*Virginia Woolf*

# El corazón de las tinieblas

# I

La *Nellie*, una goleta de gran tonelaje, se balanceó hacia el ancla sin que las velas se movieran y permaneció en reposo. La marea había subido, el viento estaba casi en calma y, preparada para hacerse a la mar, lo único que podía hacer era esperar a que la marea bajara.

La desembocadura del Támesis se extendía ante nosotros como el inicio de una ruta navegable e interminable. En el horizonte el mar y el cielo se fundían perfectamente y en el espacio luminoso las velas de las barcas, que se movían con la marea, parecían paradas formando agrupamientos de lona roja terminados en pico y las velas tarquinadas enceradas destellaban. La niebla descansaba en la costa, que era llana y desaparecía en el mar. El aire era oscuro sobre Gravesend, pero más allá parecía condensado en una penumbra grave, que descansaba inmóvil sobre la ciudad más grande e imponente de la tierra.

El director de la compañía era nuestro capitán y anfitrión. Nosotros cuatro miramos afectuosamente su espalda mientras él permanecía en la proa mirando el mar. En todo el río no había nada que pareciera la mitad de náutico. Él parecía un piloto, que para un marinero es la confianza personificada. Era difícil darse cuenta de que su trabajo no estaba en el estuario luminoso, sino a su espalda, en la penumbra inmóvil.

Como yo ya he dicho en alguna parte, entre nosotros existía el vínculo del mar que, además de mantener nuestros corazones unidos durante largos períodos de separación, tenía el efecto de hacernos tolerantes a las historias de los otros, e incluso a sus convicciones. El Abogado —el mejor de los compañeros de antaño— disfrutaba del único cojín que había en cubierta, a causa de sus años y sus muchas virtudes, y yacía en la única esterilla. El Contable ya había sacado una caja de dominó y estaba jugando con las piezas de hueso como si fuera un arquitecto. Marlow estaba sentado con las piernas cruzadas en la popa, inclinado contra el palo de mesana. Tenía las mejillas hundidas, tez amarillenta, espalda recta y aire ascético; con los brazos caídos y las palmas de las manos hacia afuera parecía un ídolo. El director, satisfecho porque el ancla estuviera firme, avanzó hacia la popa y se sentó entre nosotros. Nosotros cambiamos un par de palabras sin ganas. Después el silencio reinó en la embarcación. Por una razón u otra no empezamos esa partida de dominó. Nos sentíamos meditabundos y con ganas de nada excepto de mirar plácidamente. El día terminaba con una serenidad de una brillantez exquisita e inmóvil. El agua reverberaba pacíficamente, el cielo, sin una mancha, era una inmensidad bondadosa de luz pura; la misma luz de las marismas de Essex era como una tela vaporosa y radiante, colgada de los promontorios boscosos de tierra, que cubría la costa baja con unos pliegues diáfanos. Solo la penumbra al oeste, acechando sobre la desembocadura del río, se volvía más sombría a cada instante, como si estuviera molesta por la cercanía del sol.

Y finalmente el sol declinó, describiendo un arco imperceptible, y cambió de un blanco cegador a un rojo

mate, sin rayos ni calor, como si estuviera a punto de desaparecer, condenado a muerte por el toque de esa penumbra que acechaba sobre la multitud de hombres.

Inmediatamente se produjo un cambio en las aguas y la serenidad se volvió menos radiante, pero más profunda. Al final del día, después de siglos rindiendo un servicio inestimable a la gente que vivía en las orillas, el viejo río descansaba en la desembocadura como un espejo, extendiéndose con la dignidad tranquila de una vía marítima que lleva a los confines más extremos de la tierra. Nosotros miramos la corriente venerable no con la euforia intensa de un día breve que llega y se va para siempre, sino bajo la luz augusta de los recuerdos inmortales. Y de hecho nada era más fácil para un hombre que se ha «hecho a la mar», como se suele decir, que evocar con reverencia y afecto al gran espíritu del pasado en la desembocadura del Támesis. La corriente iba y venía prestando incesantemente su servicio, colmada de memorias de hombres y barcos que habían regresado a descansar a casa o habían partido hacia batallas marítimas. El río había conocido y servido a todos los hombres de los que la nación estaba orgullosa, desde Sir Francis Drake a Sir John Franklin, todos ellos caballeros, con títulos y sin títulos, los caballeros andantes del mar. El río había llevado a todos los barcos cuyos nombres son como joyas destellando en la noche de los tiempos, desde el *Golden Hind* que regresaba con sus flancos curvos cargados de tesoros, para que su alteza la reina lo visitara y así entrar en la historia con mayúsculas, al *Erebus* y al *Terror*, destinados a otras empresas y que nunca regresaron. El mar había conocido los barcos y los hombres. Habían partido desde Deptford, desde

Greenwich, desde Erith, los aventureros y los pioneros; barcos reales y buques mercantes; capitanes, almirantes y sospechosos «traficantes» que comerciaban con oriente y «generales» al mando de las flotas de las Indias Orientales. Buscadores de oro o de fama, todos habían partido de este mar, llevando la espada y a menudo la antorcha, mensajeros del poder que dominaba la tierra, portadores de la llama del fuego sagrado. ¡Qué grandezas no habían partido con la marea baja del Támesis hacia tierras ignotas y misteriosas! Los sueños de los hombres, la semilla de las confederaciones, el germen de los imperios.

El sol se puso, la oscuridad cayó sobre la corriente y las luces empezaron a aparecer a lo largo de la costa. El faro de Chapman, una construcción de tres piernas erigida sobre una marisma, brillaba intensamente. Las luces de los barcos se movían en el canal, un gran batiburrillo subiendo y bajando. Y más al oeste, al final de la desembocadura, el lugar de la ciudad monstruosa todavía estaba marcado ominosamente en el cielo, una penumbra inmóvil e iluminada, un resplandor pálido bajo las estrellas.

—Y este también ha sido uno de esos lugares tenebrosos de la tierra —dijo Marlow de repente.

Él era el único de nosotros que todavía «se hacía a la mar». Lo peor que se podía decir de él era que no representaba a su clase. Marlow era un lobo de mar, pero también era un trotamundos, mientras que la mayoría de los marineros llevan una vida sedentaria, si se me permite la expresión. Sus cabezas son de las que dicen «quédate en casa», pero su casa siempre está con ellos, el barco, y lo mismo pasa con su país, el mar. Un barco es igual a otro y el mar es siempre el mismo. Las costas extrañas, las caras

extrañas y la inmensidad cambiante de la vida no se deslizan por su entorno inmutable veladas por una sensación de misterio, sino por una ignorancia ligeramente desdeñosa; porque no hay nada misterioso para un hombre de mar, a no ser que sea el mismo mar, que es el dueño de su vida y tan inescrutable como el destino. Por lo demás, tras la jornada, un paseo tranquilo o una juerga despreocupada en la costa es suficiente para desvelarle los secretos de todo un continente y generalmente el hombre de mar encuentra que sus secretos no merecen la pena conocerse. Las historias de los hombres de mar tienen una simplicidad absoluta, todo su sentido cabe dentro de una cáscara de nuez rota. Pero Marlow no era un marinero al uso (a excepción de su propensión a contar historias) y para él el significado de una anécdota no estaba en el interior como si fuera una nuez, sino en el exterior, envolviendo la historia que lo sacó a relucir como un rayo nos hace ver la neblina, en la imagen de uno de esos halos neblinosos que a veces la luz espectral de la luna hace visibles.

Su comentario no parecía en absoluto sorprendente. Era típico de Marlow. Se aceptó en silencio. Nadie se tomó la molestia ni siquiera de murmurar y entonces él dijo muy despacio:

—Estaba pensando en los viejos tiempos, cuando los romanos llegaron aquí por primera vez, hace diecinueve siglos, el otro día... La luz sale de este río desde... ¿los tiempos de los caballeros? Sí, pero es como un fuego corriendo por una llanura, como la luz de un rayo en las nubes. Nosotros vivimos en ese resplandor... ¡puede durar mientras la vieja tierra siga girando! Pero ayer esto estaba en tinieblas. Imaginad los sentimientos